



CIENTÍFICO-LITERARIA
 AGRÍCOLA, INDUSTRIAL Y MERCANTIL

DIRECTOR,
D. Eduardo Portalés Segura

REDACTORES,
 D. Enrique Segura. D. José Fola Iguerbide.
 D. Cayetano Huguet. D. Fernando Sasset.
 D. Bernardino Montiel. D. Carlos Linás.
 D. Enrique Beralea.

— AÑO V. — Castellon 7 Junio de 1885. — NÚM. 19. —

SUMARIO. El Castellonero. Boceto, por «José Fola Iguerbide».—SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: Consecuencias de una muerte. Un ejemplo, por «M. Gimeno Laplace».—La vida. A mi querida amiga la señorita D.^a Carmen de Leyva. (poesía) por «José María de la Torre».—Al acueducto de Segovia. Oda, por «German Salinas».—Una nueva plaga.—Cubiertas y anuncios.

EL CASTELLONERO

BOCETO

CASTELLON, como todos los pueblos, está sujeto á las leyes del progreso.

Aunque muy paulatinamente su faz se vá trasformando, y me atrevo á decir, por la esperiencia que yo mismo tengo de sus progresos de diez años, que ya no lo conocería ninguno de sus habitantes de primeros de siglo, si resucitase para solo ello.

Costumbres, hábitos, caracteres.... todo se ha corregido y modificado á la accion del tiempo.

Pero en medio de tan majestuosa corriente, acontece que algunos elementos suelen detenerse, para seguir más tarde, acaso, con mayor rapidéz su marcha, y en aquel momento, se despegan del cuadro general que ofrece el progreso, como las piedras que arrastra el río, por los remansos que hacen formar á las aguas cuando algun obstáculo las detiene.

En Castellon persiste, con una constancia lamentable, contra su moderno espíritu, un

carácter, un tipo, al cual hemos tomado para objeto de nuestro estudio.

Se le conoce vulgarmente por el *Castellonero*.

Es muy difícil dibujar la silueta moral de este individuo

Creemos, sin embargo, por los perfiles del codiciado dibujo que tras largo tiempo hemos ido recojiendo, que se trata de un nuevo Sancho Panza, pero más envidioso y astuto que el Sancho del *Quijote*.

Daremos á conocer algunos de sus perfiles.

El *Castellonero* es poco idealista, presume de hombre experimentado y gran conocedor de las cosas humanas.

En la composicion de su moral entra como principal elemento el carácter primitivo del antiguo Castellon, combinado de la mejor manera posible con el nuevo espíritu del Castellon moderno.

En caso de existir conflicto entre ambos elementos, el *Castellonero* obra siempre en conformidad con su esencia íntima, si ello no lastima sus intereses.

Afortunadamente en su existencia se suscitan muy pocos conflictos; es de na-

tural opuesto á ellos y eclético en sumo grado.

Toda su ciencia se halla basada en la rutina.

La rutina es la floxera que corroe las entrañas de Castellon, esterilizando su más fecunda sávia.

La ciencia, el comercio, la industria y las artes, aun no han podido emanciparse por completo de su tutela, y la rinden vasallaje.

No es extraño que el *Castellonero* sea tambien su más decidido partidario.

En ella están basadas todas las funciones de su vida.

Es imposible alterar el método por que se rije, ni introducir en él ni una nueva regla.

Se ha convencido que puede vivir con los elementos que se ha procurado y no desea saber más.

Todo lo que cae en lo exterior de la esfera que se ha trazado, no tiene para él ningun atractivo, ni quiere fatigar al espíritu con más averiguaciones. Lo desconocido y lo indiferente le son sinónimos.

Una innovacion cualquiera que en Castellon se intente introducir, ha de luchar siempre á brazo partido con ese espíritu hostil á toda reforma.

El género de lucha que adopta el *Castellonero*, se distingue por el sello de una infinita pequeñez.

La crítica al menudeo, la frase reticente, el equívoco insidioso, la intriguilla, el mangoneo, la malicia... hé aquí la tela de araña con la cual envuelve á la mosca de sus pensamientos.

Dedonde resulta, que es casi imposible despringar de tanta hilaza á la víctima que allí se queda aleteando sin poder alzar su vuelo.

Esa es la historia de todos nuestros proyectos; todos quedan envueltos en esa red.

Por lo demás el *Castellonero* es muy buen padre de familia, cuando es casado, y un lince para buscar acomodo cuando es soltero.

En el primer caso, quiere mucho á su mujer y sus hijos y nietos si los tiene; pero estos honrados sentimientos se interrumpen bruscamente en su corazon para otros grados de consanguinidad.

Cualquier otro parentesco le abruma extraordinariamente suprimiéndole de un plumazo si pudiera.

Por regla general el *Castellonero* sabe que un schelling son cinco reales á la par, y que una libra esterlina equivale á una moneda de cinco duros.

Y esto lo sabe á puño cerrado por el co-

mercio de naranjas que tenemos con Inglaterra.

El *Castellonero* negociante no es ménos digno de atencion y estudio.

Se distingue por su desenvoltura y astucia en los negocios mercantiles, cuyos resultados se tocan desde luego.

Es gran manipulante en suministros, contrata y todo aquello cuya explotacion sea fácil y corriente, aunque para el logro del negocio se mueran de hambre los suministrados.

El mayor grado de su astucia y descaro en materia de negocios, corresponde al *Castellonero* político ó sea al *Cosiero*.

El *Cosiero* es un individuo lleno del más burdo positivismo que explota la política, con el fin exclusivo del medro personal.

No tiene cerebro ni corazon, segun el análisis anatómico que se ha hecho de su organismo. Es un *hombre-estómago*, de suerte, que no piensa, ni siente, solo digiere, correspondiendo de este modo sus funciones á la naturaleza de su sér.

Tiene bastante habilidad para disimular las torpezas de su oficio, pero le denuncian las enormes escrccencias que vá dejando en su camino.

El *Cosiero* no es más ni ménos que el negociante político.

Para él la política es prima hermana de los suministros y de las contrata, siendo el negocio la relacion que las une entre sí

Hay tambien el *Castellonero* de levita que, salvo raras escepciones, procede del antiguo *Siñoriu* de Castellon, cuyas reliquias se conservan despegadas en absoluto del actual orden de cosas.

Este individuo es el peor de la especie.

Se ha asimilado las nuevas ideas de las cuales se sirve como de un disfraz cualquiera.

De él arranca el *Castellonero* sábio y entendido, el ilustrado, el crítico.

Este se resiste á creer, que fuera de él pueda existir ningun mérito muy superior, ni que haya fábrica mejor montada que la de su entendimiento.

Para elogiar el mérito ageno, se vale siempre de los diminutivos. Así: para decir, por ejemplo, que un artículo es bueno, dice que es un *buen articulito*, y para expresar que está bien redactado, dice que *está bien redactadito*.

Dicho esto cree haber desnayado de gusto á su autor.

Pero el *Castellonero* más Sancho de todos estos Sanchos, es el *Castellonero* conocido vulgarmente por el *llaurisio*.

Este individuo es astuto y malicioso en sumo grado en medio de su crasísima ignorancia, siendo el prototipo de los *Castelloneros*; pues del carácter que le distingue, aunque sea en pequeña parte, goza toda la especie.

Así es que en el *Castellonero* más encoquetado siempre se encuentra algo que tira á *femater*.

No hay que confundir, sin embargo, en esta clasificacion al labrador laborioso y honrado.

En punto á religion no es ménos original nuestro tipo. De tejas arriba sabe lo que le han enseñado desde el púlpito, y no desea saber más por no calentarse la moliera.

Vá á misa, comulga y confiesa como todo fiel cristiano; pero así cree él en los dogmas como yo en el movimiento continuo, lo cual tampoco es óbice para que deteste cuantos sistemas filosóficos se conocen.

Es un escéptico solapado, sin que sea posible adivinar por qué variacion de evoluciones psicológicas ha perdido la sinceridad de su fé en el continuo hábito de las prácticas religiosas, aconteciéndole con esto lo que al herrador del cuento.

El *Castellonero* no es lo que se llama un hombre malo, antes bien, se aproxima más á la personalidad que llamamos *buen sujeto*, poniendo á esta bondad las convenientes reservas.

Hace las limosnas que puede, pues en tocante á ser caritativo nadie le aventaja, solo que nunca puede, y si dispone de algunos sobrantes, los emplea como es natural en llenar ciertas exigencias de la vida particular, lo cual tampoco es óbice para que recomiende con la mayor eficacia á los pobres á la consideracion agena.

El principal distintivo del *Castellonero* consiste en cierto quid que constituye su más íntima esencia, haciendo de él un sér completamente anti-estético.

Las ideas levantadas, el noble sacrificio, las acciones generosas.... nada de lo que hace vibrar las cuerdas más sensibles del alma le conmueve profundamente. A eso le llama él tocar el violon.

Pero habladle de una *paella* y le tendreis contento.

Esplicadle uno por uno todos los accidentes y detalles de la gira por minuciosos y prolijos que sean.... el número de libras de arroz, el tiempo que estuvo hirviendo, la salsa, el fuego, el agua y sobre todo el vino, y os escuchará embebecido en un éxtasis casi religioso.

Ni más ni ménos que si se tratara de un hecho que debiera esculpirse en mármoles y bronces.

¿Pero no tiene ningun ideal el *Castellonero*? ¿no aspira nunca á realizar algo que atraiga á su espíritu fuera de las cosas que le rodean?

Si por desgracia... Y digo por desgracia, porque el *Castellonero*, que únicamente se permite el lujo de tener ilusiones cuando es propietario, solo tiene un ideal que consiste en crearse una posicion que le permita el uso de un carrito atartanado con su correspondiente *machito* ó *jaquita*. Hé aquí lo que constituye la dorada meta de sus más caras aspiraciones.

Un *machito* para el *Castellonero*, es el emblema de la felicidad humana, y posesionarse de un carrito, es tomar posesion de una ínsula.

Uno y otro constituyen su carruaje de lujo.

El ideal de la humanidad no es otro, en su concepto, que su mismo ideal, es decir, una humanidad cuyos individuos tuviesen un carrito y un *machito* por barba.

Toda concepcion que quiera volar más allá de esos espacios, acusa en su autor, ó una candidez supina ó la falta de un sentido.

No por esto la recíproca de esta regla resulta siempre legítima. Puede haber quien posea un carrito y un *machito* sin ser *Castellonero*.

Por último, el *Castellonero* está en todas partes; en el campo, en la ciudad, en los casinos, en la Diputacion.... en el Ayuntamiento.

Pero actualmente se halla en decadencia...

Al *Casiero* se le señala con el dedo; al negociante poco escrupuloso se le mira de soslayo, y las gracias ó *charraes* del *Castellonero* primitivo van perdiendo todo su estilo y originalidad.

Un paso más en el camino del progreso y el *Castellonero* desaparece de nuestras costumbres...

Empujémosle para que ruede á las simas del olvido, y levantemos de su oscura inercia la noble, la simpática figura del castellonense.

José Fola Iguabide.



Sección Científico-Literaria

CONSECUENCIAS DE UNA MUERTE

I.

UN EJEMPLO

Es esta una de las primeras veces que tomo la pluma para escribir en prosa, y no me induce á ello ciertamente deseo alguno egoísta, sino, por el contrario, una fuerza que, superior al temor que tengo de molestar á quien me leyere, me hace traducir en palabras ó signos las innumerables ideas que me asaltan. Y una vez hecha esta advertencia, que juzgo necesaria por el buen nombre de la REVISTA, que con su acostumbrada bondad acoge mis trabajos, entro en materia.

Los grandes acontecimientos dejan huellas indelebles en la esfera donde se verifican; sus consecuencias son tan trascendentales é importantes como las causas á que se deben; las más brillantes páginas de la historia confirman mis aserciones, y hoy, cuando con la muerte de un sér privilegiado, cual era Víctor Hugo, se une al duelo universal el principio de su inmortalidad histórica, los sucesos contemporáneos se han encargado de desvanecer con su convincente elocuencia algunas dudas, ó mejor, temores, que sobre la certeza de mis opiniones abrigaba.

No había aun cesado en los aparatos telegráficos la vibración que la corriente eléctrica imprimiera á los hilos portadores de la noticia de su defunción, cuando las eminencias de todos los países cultos del mundo mezclaban á sus lágrimas de desconsuelo los armoniosos é imperecederos ecos del panegírico que, al brotar de sus lábios para elevarse en los espacios, recibía en su cuna el amargo beso del llanto de aquellos ojos á los que tanto deslumbraba la radiante figura de Hugo como quemaban los hilos de agua cuyas fuentes eran. Y entonces no había oídos para tantas alabanzas; no existían cabezas para retener tantos y tantos pensamientos; no era bastante veloz la lengua para modular ese sinnúmero de frases que componen el himno inmarcesible de la gloria, cuyas simpáticas notas arrullarán eternamente el tranquilo sueño del hijo de Besançon.

Aquí, en España, el mundo ilustrado ha puesto su flor en la guirnalda del poeta: la voz de nuestro géneo se ha desatado siempre franca, siempre pródiga en elogios, siem-

pre española, en fin, para cantar la gloria del niño octogenario, en quien no ha sido la virtud que ménos ha resaltado la de captarse con las caricias el cariñoso corazón de sus netezuelos, á pesar de la natural repulsió que consigo lleva el rudo contraste de los negros rizos del niño con los blancos y venerables cabellos del viejo Celebrando, como lo hemos hecho, la memoria de glorias extranjeras, hemos ratificado al universo lo que ya sabía: que España no cede en eminencias á ningun país de la tierra, y que sus hijos son tan parcos en elogios á sus compatriotas, como sóbrios en alabanzas para los que no llevan en sus venas la sangre del Cid.

Pero, al mismo tiempo, hemos también descubierto una de nuestras más desdichadas llagas: nuestros prohombres están sin protección alguna, mientras el mismo que causa el general clamoreo, ha hallado en el país vecino benigna y anchurosa sombra donde cobijarse del sol de las necesidades cuyos rayos suelen ordinariamente abrasar, hasta matarlas, las admirables cabezas de los sábios.

Del mismo parangón en que estamos con el mundo científico-literario, y que por un lado nos enaltece, mientras por otro nos avergüenza, debieran esos hombres apellidados de gobierno aprender, mirando á los franceses, lo que merecen por sí mismos *hombres que en diversos órdenes tenemos de la talla de Víctor Hugo*, y lo que se debe á la sociedad á cuya ilustración podrían aquellos contribuir con más resultado que hasta ahora, si no se vieran detenidos en la carrera que á aquel honroso y humanitario fin conduce, por la miseria y el desamparo.

M. Simón Laplace.

LA VIDA

A mi querida amiga la señorita D.^a Carmen de Leyva⁽¹⁾

Por el fondo de un valle
corre un arroyo,
junto á sus aguas puras
eleva un olmo
sus altas ramas
que abandonan al aire
seca hojarasca.

Un banquillo de piedra
que el verde alfombra
proteje el olmo erguido
con su ancha sombra,
y en él sentada

(1) Versos escritos dos años antes del fallecimiento de esta señorita.

hay una joven rubia
de tez rosada

Aprisionan sus manos
una amapola,
á los labios acerca
sus ténnes hojas,
la besa, en tanto
manan sus dulces ojos
amargo llanto.

El sol sus rayos de oro
desde Occidente
lanzaba iluminando
su blanca frente.

¿En qué pensaba?
¿Por qué se hallaba sola?
¿Por qué lloraba?

Pasaron pocos días,
crucé yo el valle,
llegué cerca del olmo,
y un corto instante
miré asombrado
que la niña dormía
con rostro pálido.

A sus piés la amapola
mística, marchita,
salpicadas de lodo
sus hojas lindas;
¡ya no la ornaba
el color de la vida
que antes llevaba!

Ambas en sueño eterno
duermen tranquilas,
se agostaron al soplo
de la desdicha.
Eran dos flores
que al morir confundieron
forma y olores.

* * *
Cármén hermosa y pura
como el rocío,
gallarda cual la grama
que baña el río.
Tan candorosa
como la flor purísima
de blancas hojas.

Vé en el ejemplo triste
que te presento
lo que es la vida humana.
¡Solo un momento
penas y amores
se agostan finalmente
como las flores!

José María de la Torre.

Marzo de 1883.

AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA

ODA

Deten, ¡oh caminante!
El atrevido paso,
Y hasta que se hunda en el remoto ocaso
La antorcha de los cielos rutilante,
Llégate, llega á contemplar conmigo
Ese monton de peñas asombrosas,
Que un día las vetónicas montañas,
Engendraron piadosas
Al íntimo calor de sus entrañas.

¡Oh! ¿Quién á tu presencia,
Acueducto, no admira arrebatado
Del génio la sublime omnipotencia?
Yo ví, yo ví pasmado
Tu fábrica arrogante,
Cual inmenso elefante
Cavado en roca viva,
Que impávido sostiene la techumbre
De la índica pagoda
Sobre la firme planta en que restriba:
Yo ví la mansedumbre
Con que al nacer humilde te elevabas,
Y la onda trasparente recojias,
Y luego tus columnas dilatabas,
Y alzando la titánica cabeza
Las altas cumbres rebasar querias.
Y á tu sin par grandeza,
Cien dudas mi razon avasallaron
En confuso tropel, y de repente
A mis trémulos labios asomaron
Que así prorrumpen de tu mole al frente.

¿Cuál fué el alba primera
Que contempló tu fábrica gigante
Al sacudir la roja cabellera?
¿Qué ciclópeos brazos
Quebrantaron briosos
Las graníticas rocas en pedazos,
Levantando tus arcos majestuosos
Sin que el cemento los sujete y trave
En inmortales lazos?
¿Quién dó se oculta sabe
La férrea ligadura
Que la union de tus miembros asegura?
¿En qué copiosa fuente
El vigor renaciente
De la existencia tomas,
Que nunca la cerviz gallarda inclinas,
Ni destrozado en miserables ruinas
Con estrépito horrendo te desplomas?
¡Inútil preguntar! espeso velo
Tu caótico génesis encubre
De la razon al incansable anhelo:
¡Que cuanto más se afana

Corriendo en pos de la verdad desnuda,
Más el vapor sombrío de la duda
Oscurece su lumbre soberana!

¡Oh memorable puentel
¿Quién pudiera cantar tu ínclita gloria
Con voz que resonara eternamente?
Tú viste el cetro de la augusta Roma
Regir del orbe los contrarios senos,
Como el auriga los caballos doma
Con opresores frenos;
Y al vándalo salvaje,
Que á los cobardes Césares espanta,
Desafió tu poderosa planta
Sin apurar la copa de su ultraje
Al resplandor de la inflamada tea,
Ni al tajo de colérica framea:
Tú contemplar pudiste
Entre el asombro del vasallo mudo,
El bronceo escudo
Que entroniza al monarca visigodo,
Como torrente el árabe lo embiste
Y su corona sepultó en el lodo:
Del pujante Almanzor, que á la fortuna
Supo fijar la movediza rueda,
Viste lucir la ensangrentada luna,
Y ora ni el polvo de sus triunfos queda;
Ni te abrumó el austriaco señorío
Que con su peso fatigó á tres mundos,
Ni del Borbon el animoso brío
Al anglo, al luso, y al flamenco aciago,
Que presto sus laureles infecundos
Agostan el verdor que les reviste,
Y en el tremendo, universal extrago
Solo en pié tu grandeza se resiste.

Y el Corso audaz que amedrentada tiene
La vieja Europa, y en traidora saña
El pecho amigo de la noble España
Al festin de sus águilas previene,
Cierta noche sombría,
Que al siniestro fulgor de las estrellas
Grabó en tu campo sus feroces huellas,
Humillada escondió la adusta frente
Al escuchar así tu voz rugiente:

«¡Aparta, maquiavélico tirano,
Del conmovido suelo castellano,
Que si domarle á tus antojos fias,
Y enciendes su frenético coraje,
Y su tenaz constancia desafias,
Resolveré que asoladora baje
De mis hijos la cólera iracunda,
Que tus revueltas haces aniquile
Y tu soberbia presuncion confunda.
Mueve á otra parte la arrogancia loca
Que á mortíferas lides te provoca,
Mira, que ya imagino que te veo
Amarrado, cual nuevo Promoteo.

De Santa Elena en la desnuda roca!
Y el César presintiendo su destino
Cinó su corazon de negro espanto,
Y cual bajo asesino
Huye el recuerdo de su ínclita hazaña
Huyó del aire que su aliento empaña;
Y tú, Acueducto, en tanto
Arrebatado en júbilo sentías
Por las entrañas frías
Que del líquido humor rebosan llenas,
Saltar la linfa pura,
Que ondulante murmura,
Como la sangre hierve en nuestras venas.

Los siglos á los siglos se suceden,
Resbalan, cual minutos las edades,
A nuevas razas las antiguas ceden
Hundiendo soberanas potestades;
Del hado la carrera fugitiva
Hiere, trastorna, oprime y atropella,
Lo que levanta ayer, hoy lo derriba,
Y en el sepulcro sin piedad lo estrella:
Por donde quier en número infinito
Va sembrando reliquias lastimosas;
¡Y tú inmoble reposas
Sentado en tus cimientos de granito!

¿Qué privilegio raro?
¿Qué impenetrable escudo
De caduca vejez, al golpe avaro
Con tal empeño defenderte puso?
¿De qué ¡gran Babilonia! las roquizas
Murallas, que en los fastos eternizas,
En la tremenda noche te sirvieron?
Sobre ellas tus campeones se durmieron,
Y escombros y cenizas
Al despertar de su letargo vieron.
¿Dónde los ojos buscarán, á dónde
De Menfis el dudoso laberinto?
¿Qué yermo de Persépolis esconde
El imperial recinto,
Dó usurpando á Jehová los atributos,
El déspota feroz, el Rey de Reyes,
Recibe adoracion, sangre y tributos
Del Asia corrompida por sus leyes?
¿Qué se hizo ¡oh musa! dime,
El templo de Salem, que del hebreo
Resonó con el cántico sublime?
¿Por qué no surca el animado Egeo
Del piloto Sidon la rica prora?
¿Por qué ¡ay! el Nilo llora
De Faraon los régios monumentos
Que sacrifican en altares viles
Al tropel de sus siervos, adorando
Como á supremos dioses los reptiles?

El Partenon espléndido de Atenas,
Y las estatuas que talló Corinto
De gracia espiritual y vida llenas,

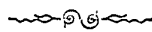
De Karnác las esfinges colosales
 Que al errante viajero amedrentaban,
 Las losas sepulcrales,
 Maravilla del mundo,
 Que al tronco inerte del esposo caro
 Alzó Artemisa con amor profundo,
 ¿A dónde están? ¿Qué fué de Alejandría
 El eminente faro,
 Que el pabellon nocturno recorría?
 ¿En qué desierto yace
 El coloso titánico de Rodas,
 Que ya no vibra cuando Febo nace?
 ¿Por qué ¡oh Circo Máximo! no enlodas,
 Cual otros días, tu menuda arena,
 Con la sangre del bárbaro del Norte
 Mezclada á la del tigre y de la hiena?
 ¿Dó se eleva el romano Capitolio
 Que sublima de Júpiter el sólio?
 ¿Y del Panteon la bóveda que encierra
 A los dioses del cielo y de la tierra?

¡Todo acabó! reales pavimentos
 Alfombrados en pérsicos tapices,
 Alimentan del musgo las raices;
 Altares á los ídolos alzados
 Del fanatismo en los robustos hombros.
 Nos muestran sus escombros
 Por inmundos escuerzos profanados:
 Las más nobles ciudades,
 Ora son espantosas soledades:
 Ya los vivientes mármoles de Paros
 Ocultan mutilada su cabeza,
 ¡Tinieblas son los luminosos faros
 Que doblan de la noche la tristeza!
 Vasos, naves, estátuas, circos, templos,
 Orgullo un día del poder humano.
 ¡Hoy de lástima son tristes ejemplos!
 Solo á tí ¡oh Acueducto segoviano!
 Por escepcion gloriosa,
 No alcanzan á ofenderte,
 Ni del tiempo la saña rigurosa,
 Ni los agudos filos de la muerte:
 Y siglos á millares,
 Sepultarán tus cárdenos sillares,
 Y no temas que oculto terremoto
 Despedazando el suelo
 En sus fauces hidrópicas te trague,
 O que la chispa eléctrica del cielo,
 Por las sombrías tempestades roto,
 En sus incendios consumirte amague,
 Que ni el rayo ni el hondo cataclismo
 Se atreven á sumir en el abismo
 Al coloso inmortal, cuya pujanza
 Insulta de los tiempos la venganza.

¡Oh! que númen bendito
 Tu solemne mision, con rasgos de oro
 Así ha dejado al porvenir escrito;

Y así el celeste coro
 La pregona á través de lo infinito:
 «La fábrica suntuosa que enaltece
 El atrevido génio del romano,
 Que al pueblo con sus dones enriquece,
 Y el bien sustenta del linaje humano,
 Y en torno suyo derramando goza
 Dicha, salud, fertilidad, ventura.
 La corriente de límpida frescura
 Que su seno dulcísimo alborozó:
 Jamás el incesante
 Giro del tiempo encanecer la vea,
 Y jóven, y briosa, y arrogante
 Asentada en columnas de diamante,
 Eterna, como Dios, su vida sea.»

Serzman Salinas.



UNA NUEVA PLAGA

La Junta de Agricultura, Industria y Comercio, ha dirigido á todos los pueblos de la provincia, una circular en que se hace notar el peligro que amenaza á nuestra produccion vitícola, con la nueva enfermedad parasitaria que destruye los ricos viñedos de la provincia de Tarragona. De desear sería que nuestros viticultores escucháran con el interés que merece, el saludable aviso que la Junta de Agricultura les dirige, cumpliendo con esta iniciativa los ineludibles deberes que le están encomendados.

Hé aquí la circular á que hacemos referencia:

«Noble y sagrada es la mision que el Gobierno confiara á los Consejos provinciales de Agricultura, llamados á velar constantemente por los valiosos intereses que representa la tan respetable, como desgraciada clase agricultora, factor principal de las fuerzas vivas de la produccion; mas no deben aquellos extender su esfera de accion solamente á combatir el mal una vez presentado éste por los medios que la ciencia recomienda, medios que suelen resultar en ocasiones ineficaces y en ocasiones anti-económicas ó de difícil aplicacion; la mision de estos Consejos, si han de responder plenamente á su objeto, ha de ser, más que aplicar el remedio, precaver el daño, advertir el peligro, dar la voz de alerta para que esos intereses no sufran menoscabo, ó sufran el menor posible.

Sugiérenos estas consideraciones, la tris-
 tísima circunstancia de haberse presentado en los viñedos de las provincias limítrofes á

la nuestra, una nueva plaga que destruye las cepas con intensidad mayor que el Oidium y la Filoxera, y que contribuye con estas al completo aniquilamiento de uno de los elementos más importantes de la riqueza agrícola.

De tan vital interés es este asunto, que la Excm. Diputación provincial de Barcelona ha nombrado una Comisión que estudie los caracteres y origen de la enfermedad que devasta los viñedos de la zona catalana, y de la razonada memoria que dicha Comisión ha presentado como resultado de sus investigaciones, tomamos las siguientes instrucciones, que deben ser conocidas por todos, absolutamente todos los viticultores de esa localidad, á fin de poder girar con conocimiento de causa las visitas de inspección y reconocimiento, que personas peritas y de reconocida competencia por esa autoridad designadas, deberán practicar, en los viñedos de ese término municipal, inmediatamente tenga V. conocimiento de esta circular, en el cumplimiento de cuyo servicio no caben demoras ni aplazamientos, que acusarían un abandono punible por parte de aquellos que por el carácter y posición de que se hallan revestidos, deben dar saludable ejemplo de actividad y celo en circunstancias apremiantes.

El parásito que destruye actualmente los viñedos, es un vegetal microscópico que pertenece á la clase de los Hongos y al género *Peronospora*, cuya palabra significa *semilla que atraviesa como un clavo*.

En las distintas comarcas se conoce esta enfermedad con varios nombres; entre ellas *falso oidium*, *moho* de la vid, *mildiu* y *peronospora vitícola* que es el más apropiado. Una viña atacada por la *Peronospora* es muy fácil de distinguir: sus brotes, sus hojas, así jóvenes como adultas, presentan caracteres que no pueden ser confundidos con los de ninguna otra enfermedad. En vez del color verde de tono unido que ofrece un viñedo sano, se observa en la viña peronosporada, esparcidas acá y allá, manchas de un tinte moreno ó parduzco, más ó menos grandes y más ó menos abundantes, según el mayor ó menor número de honguillos que atacan las cepas y según también el mayor ó menor número de cepas atacadas. Los pámpanos se desecan y abarquillan ó enroscan; los zarcillos quedan como estrangulados, se rompen en trocitos y dejan desnudos los sarmientos, que presentan también signos exteriores de sufrimiento, así por su jaspeada corteza, como por quedar despun-

tadas sus extremidades tiernas y ceder en varios trechos de su longitud á la presión de los dedos por la circunstancia de quedar hueco ó vacío en su parte leñosa. A veces se presentan los sarmientos cubiertos de hojas tiernas por su parte superior, pero enteramente desnudos en el resto, lo cual sucede cuando la *Peronospora*, por un accidente atmosférico cualquiera, suspende su desarrollo en el interior de la planta.

Según la edad de las hojas, así el aspecto de las manchas, es distinto.

En las hojas jóvenes de primavera y otoño de verde rojizo ó amarillento, muestran en su envés ó cara inferior, una ó varias manchas redondeadas de 1 á 3 centímetros de diámetro, blancas, vellosas, de aspecto sedoso, nacarado y cristalino, vistas al través de un lente de aumento. Pero este estado dura poco; pronto aparecen en el haz ó cara superior del pámpano varias manchitas amarillas de las que cada una corresponde á otra blanca de las de la cara inferior. Este tinte amarillo se cambia por un salpicado de puntos pardos que van aumentando hasta determinar la desecación completa del tejido de la hoja, y antes de que ésta se desprenda, se la vé tomar el color y el aspecto de un pámpano muerto por las primeras heladas del otoño.

En las hojas adultas de color verde oscuro ó tirando al amarillo limón, en el otoño, se presentan manchas *poligonales*, pardo-leonadas, visibles sobre ambas caras y limitadas por la red que forman los nervios de la hoja.

No es posible, en los cortos límites de una circular, descender á exponer detalles, que oportunamente se pondrían en conocimiento de aquellos interesados, que como resultado de su inspección en los viñedos, descubrieran desgraciadamente los signos ó caracteres que hemos expuesto sucintamente, y cuyo resultado deberán poner inmediatamente en conocimiento de este Consejo.

A su tiempo se remitirán instrucciones para conocer los medios preventivos y curativos que la ciencia ha considerado hasta ahora como más eficaces para precaver ó combatir los efectos de esta nueva enfermedad.

Este Consejo espera de su celo y actividad que secundará sus esfuerzos en pró del fomento y desarrollo de una de las fuentes principales de nuestra riqueza agrícola, y procurará dar á esta circular la mayor publicidad posible.»